
Capitulo XXVIII.

Colon ante el consejo de Salamanca.

Interesaba tanto á fray Pedro Antunez la desgracia de Colon, que ejerció toda la influencia que tenia sobre él para decidirle á habitar en su compañía una celda en el convento de Mercenarios.

Obedeciendo la última voluntad de Beatriz, confió á Colon el generoso sentimiento que le habia inspirado su primer hijo Diego, y aquella confianza demostró más y más al pobre genovés lo inmenso de la pérdida que habia experimentado al bajar al sepulcro Beatriz.

Fray Pedro Antunez escribió á fray Juan Perez de Marchena, participándole la voluntad de doña Beatriz Enriquez de Córdoba, y como al mismo tiempo Colon habia confiado durante su ausencia al prior de la Rábida el cuidado de la educacion de su hijo Diego, le autorizó desde luego para que emplease

aquellos recursos como estimara más conveniente al mejor porvenir de su hijo.

En cuanto á Fernando, el pobre niño, que todavía no podia echar de ménos á sus padres, porque los habian reemplazado Inés y Beltran, se criaba al calor de aquella antigua y buena servidora de Beatriz.

Todo el mundo creia que los dos niños eran gemelos, y hasta el bueno de Matias, que estuvo á ver á su hija, apenas supo su alumbramiento volvió á la Rábida ébrio de alegría, refiriendo con el entusiasmo mayor del mundo la belleza de aquellos dos nietecitos tan bien emparejados que le habia dado la Providencia.

Gracias á los consuelos del prior del convento de Mercenarios, Colon pudo buscar en el estudio de la ciencia, en la conversacion con hombres ilustrados, en la consecucion de sus esperanzas, un lenitivo á sus muchas amarguras.

Y como el porvenir de sus dos hijos estaba asegurado, conservando en el fondo de su alma una profunda y siempre viva adoracion hácia Beatriz, se entregó por completo á su destino.

Deseoso de ayudarle fray Pedro Antunez, le presentó á muchas ilustres personas que visitaban con frecuencia el convento, gracias á lo cual pudo Colon entrar en relaciones amistosas y hallar hombres de corazon, deseosos de su prosperidad, en don Alonso de Quintanilla, contralor de finanzas de Isabel, que más tarde le hospedó en su casa y le proporcionó su

amistad con Alejandro Geraldini, sábio italiano, preceptor de los hijos de la reina, con Antonio Geraldini, nuncio del Papa en la córte de don Fernando; y por último, con el Mecenaz que fray Pedro Antunez le habia prometido, el ilustre don Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo y cardenal.

Todos ellos eran personas de vasta ilustracion y no se desdeñaban de hablar con el ilustre genovés, discutiendo sus proyectos con detenimiento y erudicion; pero temiendo siempre que hubiera algo de exagerado, algo de fantástico en sus planes.

El arzobispo de Toledo, correspondiendo á la recomendacion que en favor de Colon le hizo fray Pedro Antunez, le acogió con suma bondad.

Era el consejero más íntimo y más respetado de los Reyes Católicos, hombre de gran talento y de elocuente palabra, á cuyas cualidades debia la influencia de que gozaba.

Oyó con atencion al extranjero, y al pronto le estremecieron las teorías geográficas que defendia, teorías que le parecian contradecir las nociones establecidas en la Biblia acerca del sistema astronómico.

Esto consistia en que á pesar de su erudicion y de su talento, no estaba versado en la cosmografía.

Por más que el arzobispo de Toledo admiró la ilustracion y el génio con que se expresaba el extranjero, no se podia explicar cómo le patrocinaba y le tenia en su convento fray Pedro Antunez.

En efecto; hallando en contradiccion algunas de las teorías de Colon con las que proclamaban los li-

bros sagrados, no parecia el que las sustentaba un cristiano viejo ni con mucho.

Pero bien pronto la piedad sincera y superior de Colon le tranquilizó.

No podia ser, en efecto, un blasfemo el hombre que con sus ideas daba más importancia, mayor grandeza á la obra de la sabiduría de Dios.

El arzobispo de Toledo habló con el confesor de la reina y con varios personajes de la córte acerca del protegido de fray Juan Perez Antunez, y oyó á unos y otros las palabras que Colon habia dicho tantas veces.

—Sí; ya le conocemos,—decian todos,—es un pobre loco que hace más de año y medio quiso obtener una audiencia de los reyes.

—A mi,—dijo el confesor de la reina,—me visitó de parte de un antiguo amigo, del prior de la Rábida; pero desconfiando de sus asertos, pareciéndome fabulosas sus ideas, y notando además en su porte cierta altanería, que sentaba mal con su actitud de pretendiente, le dejé en el olvido. No merecia otra cosa.

—Y sin embargo, fray Fernando,—contestó el arzobispo de Toledo,—yo que he tenido sin duda más paciencia que vos para oírle, y un poco más de bondad para apreciar sus ideas, me he llegado á convenir de que es un hombre superior, de que sus pensamientos son generosos, y creo que me ayudareis á obtener de los reyes una audiencia para él.

—Vuestra eminencia sabe tan bien como yo, que

no es la ocasion más oportuna. Todas las fuerzas de Castilla y Aragon están conuinadas para llevar á cabo la conquista de Granada. Otras medidas de la mayor trascendencia son objeto de los debates que tienen lugar en los consejos de los monarcas, y todo cuanto intentéis hacer en favor de ese pobre extranjero será inútil.

—Sois el director espiritual de la reina, y sin embargo, mi querido fray Fernando, ó sois muy reservado, ó no habeis comprendido todavía la grandeza de alma de vuestra penitente. Yo la conozco ménos que vos, y sin embargo, estoy seguro de que late su corazon siempre que se trata de algo grande, de algo noble, de algo sublime. Yo sé que habrá entusiasmo en ella para escuchar á un hombre que desde remotos países, sin más patrimonio que la fé, viene á ofrecerla un mundo desconocido.

—Soy el primero en reconocer las altas prendas de nuestra augusta soberana. Pero distraer su atencion en estos momentos de la grandiosa empresa que en union de su esposo ha acometido, ó seria infructuoso, ó si no lograríamos preocuparla con esta idea, ó muy perjudicial á la causa de la religion, si despertando el sentimiento de aumentar esa joya que quereis ofrecerla, se amenguaba en ella el vehemente deseo que abriga de alejar para siempre á los árabes de las madrigueras de donde nunca debieron salir.

—¿Eso quiere decir, que no estais muy dispuesto á ayudarme?

—Soy vuestro siervo.

—Pues bien, entonces dejadme á mí toda la dicha, toda la gloria de obtener para ese desvalido la proteccion de los reyes.

—Haced lo que gustéis.

El arzobispo de Toledo aprovechó la primera ocasion en que vió á su majestad para dirigirle aquella súplica.

La recordó el nombre del extranjero, y al recordarle no pudo ménos de pensar en Beatriz, en su buena amiga que habia muerto lejos de su lado, causando mucha amargura en su corazon.

Anunciando á los reyes los propósitos del genovés, les rogó que le oyeran, y antes de abandonar la régia cámara escuchó de los lábios de la reina la seguridad de que le concederian la audiencia que solicitaba.

El arzobispo de Toledo no tardó en comunicar tan fausta nueva á Cristóbal Colon.

Con tan buenos protectores creia asegurado su triunfo, y al cabo de dos años de martirio consiguió la audiencia por la que inútilmente habia suspirado.

En vano habia intentado fray Fernando, ya más que por otra cosa, quizás por un exagerado amor propio, estorbar aquella entrevista.

En vano algunos nobles habian calificado de delirio los planes de Colon.

Fernando é Isabel quisieron escucharle y le escucharon.

Colon se presentó á los reyes con la modestia de

un humilde extranjero, pero con la confianza del tributario que ofrece á un soberano mucho más de lo que puede darle, á pesar de su superioridad.

Colon en sus memorias ha escrito estas palabras:

«Al pensar lo que yo era, sentia una humildad inmensa. Pero al pensar en lo que ofrecia, me consideraba igual á los soberanos.

»En aquellos momentos no era yo: era el instrumento de Dios, escogido por él para llevar á cabo un gran designio.»

A pesar de la humildad del extranjero, se hicieron para recibirle los mismos aprestos que si hubiera sido el enviado de una corte extranjera.

El cardenal arzobispo de Toledo llevó á Colon en su carroza al alcázar, y no tardó en hallarse con él en presencia de los reyes,

Despues de presentarse á sus majestades, expuso Colon sus proyectos con la seguridad, con el aplomo del hombre que está convencido de lo que cree y comprende el valor de lo que ofrece.

El rey oyó á Colon con detencion, pero con gravedad.

Sabia juzgar demasiado á los hombres para no apreciar los proyectos de Colon, y aunque el extranjero tenia una imaginacion ardiente, su plan partia de un punto eminentemente científico.

Y como ambicionaba hacer descubrimientos más importantes que el que tanta gloria habia proporcionado al rey de Portugal, el proyecto de abrir un ca-



CRISTÓBAL COLON. — ... explica al rey su pensamiento.

mino directo á través de la India para el Océano, le pareció que podría llegar á arrebatár á la vecina nación el monopolio del comercio de Oriente.

Isabel acogió con entusiasmo el proyecto de Colon.

La primera mirada, las primeras palabras de aquel hombre, le inspiraron una admiración que debía llegar hasta el fanatismo.

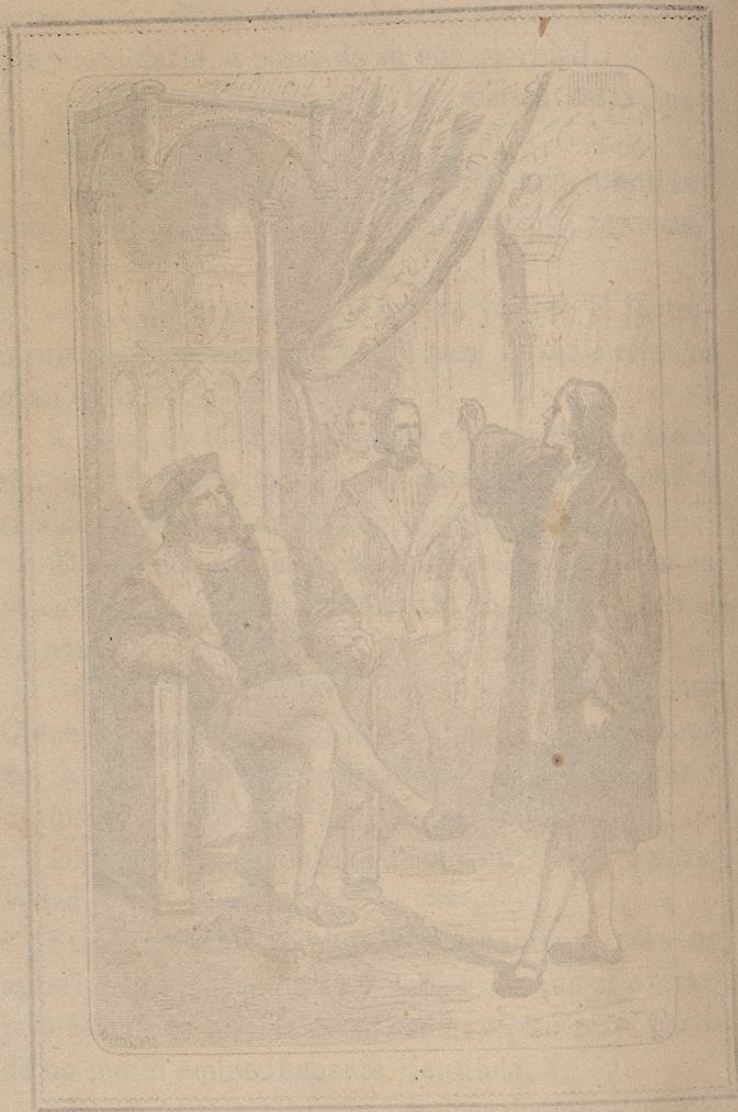
El extranjero tuvo tal ascendiente sobre ella, que más que otra cosa, parecía ternura el sentimiento que despertó en su alma.

La naturaleza había dotado á Colon con esa seducción que fascina y con esa elocuencia que convence, y fué tal el efecto que produjeron sus palabras en Isabel, que podía decirse que la Providencia iba á convertir en su primer apóstol á una reina.

Tanto Isabel como su augusto esposo felicitaron por sus planes al extranjero y le ofrecieron toda su ayuda.

El rey nombró inmediatamente un consejo compuesto de los astrónomos y cosmógrafos más notables, para que examinara en Salamanca sus ideas y para que informase acerca de ellas, y encargó su presidencia á don Fernando de Talavera.

Seguro de la protección de los reyes, más seguro aún de la de Isabel, que le había comprendido, aunque con gran pena de fray Pedro An-tunez, partió Colon á Salamanca á aguardar el fallo de los ilustres sábios á quienes había con-



CRISTOBAL COLON — colista al rey en su momento.

fiado la corona el exámen de sus proyectos, resuelto al mismo tiempo á discutirlos y á defenderlos.

El rey habia dispuesto que se celebrara el consejo en Salamanca, porque queria pasar allí el invierno con la córte; y en efecto, allí fué despues de confiar á sus capitanes la continuacion de la guerra contra los moros de Granada y de haberse reunido con la reina en el campamento de Moclin, para ir á Galicia á sofocar la insurreccion que capitaneó el conde de Lemus.

A principios de Octubre llegó la córte á Salamanca.

Salamanca era entónces la capital literaria de España.

Cuando se supo el motivo de la reunion de aquel consejo extraordinario, acudieron á dicha ciudad los hombres más notables de los reinos unidos por el enlace de los reyes.

Colon, recomendado por su protector el arzobispo de Toledo, fué á parar al convento de dominicos de San Estéban, donde recibió agradable hospitalidad y donde celebró sus sesiones el consejo.

Los frailes tenian entonces una gran influencia en España.

La religion y la ciencia estaban en aquella época estrechamente unidas.

Los tesoros de la erudicion se encerraban en los monasterios, y todas las cátedras estaban

ocupadas por profesores que salian de los claustros.

El clero dominaba tanto como en la iglesia en el Estado, y casi todas las posiciones que ejercian influencia en la córte se hallaban reservadas exclusivamente á los eclesiásticos, salvo algunas que por derecho hereditario disfrutaban los hijos de los nobles.

No era extraño ver por entonces cardenales y obispos que trocaban el casco y la coraza por la mitra y el báculo.

El siglo de los Reyes Católicos se distinguia por el renacimiento de las ciencias, pero más aún por el predominio del celo religioso.

España sobrepujo en fanatismo á las demás naciones cristianas.

Sus ilustres monarcas establecieron la Inquisicion, y no hay para qué decir las persecuciones que sufrían los que proclamaban doctrinas heréticas.

Por entonces, y en medio de aquella efervescencia religiosa, de aquel renacimiento científico, se reunió el consejo de sábios en el convento de San Estéban para examinar la nueva teoría de Colon.

Como he indicado antes, componíase el consejo de profesores de astronomía, de geografia y de matemáticas, y de otras ramas de la ciencia, como así mismo de muchos dignatarios de la iglesia y de frailes ilustrados.